



SEGUNDO RETIRO

DE SEIS DÍAS

COMIENZO DEL RETIRO

MEDITACIÓN PREPARATORIA

Gracia del retiro.

I. Grande es esta gracia de practicar un retiro. Todas las gracias contiene en sí.

Puede obtenerme el completo perdón de mis pecados, devolverme la gracia bautismal; procurarme una conversión completa como la de la Magdalena á los pies de Jesús, y establecer el reinado del amor de Jesús en mí como en San Juan reclinado en el pecho del Divino Maestro.

¡Cuán bueno es Dios en haberme concedido tamaño favor, en haberme facilitado, por su amable providencia, este poderoso medio de salvación y de amor! Quiero, pues, aprovecharlo bien, permaneciendo en total retiro á los pies de Jesús.

II. ¿Qué debo hacer en este retiro?—Tres cosas:

1.º Someterme por completo á la acción de la gracia del retiro, como hierro frío y enmohecido

que ponen al fuego, como planta marchita que exponen á la luz vivificante del sol.

2.º Ponerme incondicionalmente y sin reserva á disposición de la santa y amabilísima voluntad de Dios respecto á mí, diciéndole con el Profeta: «Para hacer tu voluntad, Dios mío, quiselo, y tu ley en medio de mi corazón.»

3.º Enderezar todo el retiro á establecer perfectamente el reinado, en mí, del amor de Jesús, y especialmente de Jesús Santísimo Sacramento, porque Jesús nos ha dicho: «Quien come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora, y Yo en él.»

III. ¿Qué medios tomaré para asegurar el fruto del retiro?—Tres voy á adoptar:

1.º Conservar el espíritu tranquilo y desembarazado de toda ocupación ajena á este propósito, de toda preocupación de lo venidero; evitar toda contención y trabajo forzado y violento de la mente. Emplearé su luz sólo para ver mi camino.

2.º Mantener mi corazón recogido en el ejercicio sencillo y afectuoso de la devoción; oraré con el corazón, pues que el corazón es lo que Dios me pide, y donde quiere vivir y reinar.

3.º Mantendré mi cuerpo y mis sentidos en santa modestia, como el cortesano en presencia del Rey, como el ángel ante el trono de Dios.

María Santísima será mi guía para ir á Jesús, y en su santa compañía emprenderé y seguiré este camino.—Me figuraré que estoy en el Cenáculo con tan excelente Madre, y bajo su inspiración y dirección me propongo practicar bien un retiro eucarístico.

DÍA PRIMERO

PRIMERA MEDITACIÓN

Amor de Dios en mi creación.

I. Dios me crió por amor.—Me amó desde toda eternidad en sí mismo; formó y modeló mi cuerpo, y creó mi alma al aliento de su espíritu de amor; la creó á imagen y semejanza suya, como obra debida á ese mismo amor.

Dotó mi alma y mi cuerpo de todas las prendas, de todos los dones y todas las gracias apropiadas á mi fin, como á la obra privilegiada de su amor.

II. Dios me crió para él.—Quiere ser mi fin supremo, único y eterno; mi fin de gracia y de gloria.

Me crió para concederme el mérito y la dicha de conocerle, amarle y servirle en este mundo como á mi soberano Dueño, y Dios y Señor que reine sobre mi corazón, y de poseerle un día como á Dios remunerador en los esplendores de la gloria.

III. Dios me crió en las mejores condiciones para conocerle, amarle y servirle,—pues que me ha llamado á la vida en tiempo ya de la Ley de gracia, y me ha hecho nacer de padres católicos; me ha proporcionado recibir una buena educación cristiana. Dios, por lo tanto, se me ha dado á conocer desde los albores de la razón y me ha rodeado de socorros para todas las necesidades y peligros.

¡Ah! ¡Qué Padre tan bondadoso ha sido Dios para conmigo!

¿Y yo le he sido agradecido? ¿He considerado punto de honra el conocerle, amarle y servirle? ¿He vivido para Dios? ¿Le he hecho homenaje completo de mi vida?

Pues justo es, sin embargo, que el fruto del árbol sea para el dueño, y no para el árbol mismo. Natural es que el criado sirva á su amo, y no á un extraño. Un niño no hace nada demás en obedecer y querer á sus padres.

¡Ay de mí, que he servido á Dios peor que á los hombres! Más afectuoso y generoso he sido con las criaturas que con mi Dios.

¿Qué haré, pues?—Llorar, amar, morir por Dios... Lloraré, sí, el haberle olvidado, el haberle pospuesto á una criatura, el haber ofendido con tamaña ingratitud á un Padre tan bueno.

¿Qué desgracia tan grande haber dado mi pensamiento sólo á vanidades, mi corazón únicamente al amor propio, y mi voluntad nada más que al egoísmo! — Que, en una palabra, he hecho de mi mismo mi propio fin, fin de pecado, fin de desventura.

Quiero amar á mi Dios, acogerme de nuevo á su bondad, á su misericordia, cuyas puertas están, como su corazón, abiertas siempre.

Voy á comenzar por el amor para llegar á la virtud, de tal suerte que muera yo al mundo y á mí mismo á fin de que mi vida se modele en la de Jesús, y en su muerte, seguida de resurrección!

SEGUNDA MEDITACIÓN

Gracias de preservación.

¿Qué acción de gracias ofreceré al Señor, mi Dios, por su divina é inefable providencia para conmigo?

I. Me ha conservado la vida cuando yo le ofendía, cuando era yo culpable y merecedor del infierno.

¿Qué hubiera sido, pues, de mí si la muerte me hubiese cogido en tan triste estado? ¡Oh bondad maternal la vuestra, Dios mío! Vos me escondisteis bajo el manto de la divina misericordia para que no me hiriese la justicia. Vos me conservasteis la vida en la esperanza de que un día reconociese yo mis faltas y viniese á acogerme para siempre á los brazos de un Padre cuyas bondades no se agotan nunca.

Pero ¡ay Dios mío! ¿He reconocido bastante mi pecado y mi ingratitud? ¿Me hallo verdaderamente contrito? ¿Ha triunfado verdaderamente de mi maldad vuestra inmensa misericordia?

Pues ahora sí que renuncio para siempre al pecado y al mundo: me avergüenzo de mi negra ingratitud: voy á ser, quiero ser, soy ya desde ahora todo vuestro.

II. La bondad de Dios me ha preservado de inmensos peligros.

1.º Podía perder la azucena de la pureza, y á tal desdicha me expuse con mis ligerezas. Grande mi flaqueza, débil el corazón, negligente la voluntad, nebulosa la conciencia, tal vez transcurrido así algún tiempo más, sobreviniendo una tentación más engañosa, ¿quién sabe lo que hubiera sido de mi virtud?

Pero vuestra misericordia me preservó, al borde del abismo, como á Daniel en la gruta de los leones.

¡Oh!... ¿Y cómo podré yo mostraros mi agradecimiento por esta blanca corona, por este cetro real de vuestro amor, por este reino de paz y libertad que me habéis conservado? ¿Podré yo nunca estimar este bien todo lo que vale, y corresponder con mis obras á tan precioso don?

2.º Mayores gracias me ha dispensado aún sobre esto la divina Providencia; me guió como quien lleva de la mano á un niño por entre los peligros; me cerró los ojos para no verlos, que me hubieran tal vez escandalizado; me tapó los oídos para que nada comprendiese de la seducción, que me hubiera acaso hecho mella; me ha hecho evitar, sin sospecharlo yo, muchos lazos ocultos en mi camino, muchos escándalos que me esperaban.—Una nonada cualquiera me privó de salir, me detuvo largo tiempo en tal ó cuál ocupación, me hizo cambiar de camino: era, Dios mío, vuestra divina y amable providencia que velaba por mí y me decía: «párate aquí, ve allá»; y de este modo quedé en salvo.

III. La divina bondad me ha sostenido.—Puso en mi camino al arcángel Rafael, que había de guiarme, y que de su parte me estaba esperando. Me envió oportunamente, y al tiempo marcado, un prudente consejero, un poderoso defensor, un consuelo en mis penas, un motivo de reserva en los placeres y alegrías.—Traía á mis manos, ora un buen libro para hablarme, ora cualquier señal que me condujese al deber, una nada, una bicoca, al parecer, pero que era para mí la gracia y la luz adaptadas á aquellas circunstancias: la gracia de la salvación.

¡Ah! Si me fuese dado ver en Dios todo el cortejo

de ángeles que ha puesto á mi lado para guardarme y acompañarme, todas las buenas inspiraciones que me enviaba para guiarme, todas aquellas gracias que como suaves flores han venido á tapizar el camino de mi vida; la misión de cada criatura respecto á mí para impulsarme hacia Dios, ¡oh! ¡cuántos prodigios de amor! Diríase que cielo y tierra se movían y se mueven tan solo hacia mí, como si fuese yo su fin.

¿Y qué me pide Dios por tanto amor? Que sea en todo suyo, que reconozca sus derechos de amor, de bondad y de justicia.

¡Oh, sí, Dios mío! Los reconozco, los adoro y los amo. Sed mi Rey.

TERCERA MEDITACIÓN

Del amor que nos ha mostrado Dios en la redención.

I. Tanto me amó Dios Padre, que dió su Hijo unigénito por rescatarme.

Nuestro primer padre Adán, con dejarme la herencia de su pecado, me hizo hijo de ira, esclavo del demonio, reo de muerte eterna.—Sin Jesucristo no hubiera yo podido nunca entrar en el cielo ni volver á la gracia de hijo de Dios.—Sin la gracia de la Redención no podría considerarse un bien para mí la vida.

Pero ¡cuán grande ha sido la bondad de Dios para conmigo! Necesitado estaba yo de un Salvador, y me ha dado á su Hijo. Me ha amado más que la gloria y la vida natural de Jesús. Ha querido que Él fuese la víctima para mi salvación, á fin de que yo

volviese á la adopción de hijo de su amor y de su gloria.

II. Tanto me ha amado Jesucristo, que ha querido rescatarme por el medio más humillante, doloroso y alto que pudiera el amor imaginar. — Hubiera podido rescatarme con una lágrima, con una plegaria, con un suspiro; que todo en Él tenía un valor infinito. Pero entonces no hubiera yo comprendido bien la enormidad de mis pecados, ni la grandeza del amor de Jesús: ni Jesús se hubiera dado todo por mí y no hubiera quedado contento su amor.

Pero ¡ay! ¡por qué humillaciones pasó, qué de dolores sufrió, cuán afrentosa muerte recibió!

¡Oh Jerusalén! ¡oh Calvario! ¡oh divino Salvador mío! Caigo de hinojos al pie de vuestra cruz, árbol de muerte y vida, por el cual me habéis salvado.

III. Jesucristo, en su extremado amor, pone continuamente á mi disposición las gracias y el precio de la redención.

¡Cuántos hay que no aprovechan las gracias de la Redención porque no conocen á Jesucristo! — Ignoran su amor y su cruz, no saben del Calvario: mientras que yo tengo la dicha de conocer á Jesús crucificado.

¡Cuántos otros conocen á Jesús y saben que es su Redentor; pero no van á él, porque aman más al mundo, porque no quieren romper las vergonzosas cadenas de sus pasiones, voluntarios esclavos del pecado! — Y yo he sido preservado de las asechanzas del mundo; Jesús rompió mis cadenas, y me ha vuelto á la libertad. Él es mi Salvador. ¿Cómo podré darle gracias bastantes por tanto beneficio?

Yo tengo á mano la fuente de aguas vivas, el baño vital de la sangre de Jesucristo, el precio de mi re-

dención en el sacramento de la Penitencia, y el tesoro de la Eucaristía en el santo sacrificio de la Misa.

Y el Calvario ha venido á ser un camino de gracias y de amor para mí, cuya flaqueza no bastaría á soportar los dolorosos pasos del Calvario de Jerusalén. ¡Oh cuán bueno es Jesús para conmigo!

Los rescatados pertenecen á quien los redime: quiero yo, pues, ser en todo y por todo de mi divino Libertador: murió Él por mí, viva yo para Él, y para Él únicamente; que Él es mi redención y mi vida.

SEGUNDO DÍA

PRIMERA MEDITACIÓN

Necesidad de la Redención.

Me hallo inclinado al mal por mi naturaleza y por mis vicios.

Por mi naturaleza. — Orgulloso y lleno de vanidad, es naturalmente mi espíritu más propenso á procurar la estimación de los hombres que la de Dios, y á obrar instintivamente por amor propio. — Grande es mi miseria, y aún no la conozco bien; abismo insondable donde se dibujan la hipocresía de la serpiente y la astucia del demonio.

Inclinase mi corazón á amar á las criaturas más que a Dios, al apego de éstas más bien que al seguimiento de Él, y á preferir (¡rubor causa decirlo!) á preferir más que la virtud, pobreza, modestia y sencillez de Jesucristo, cualesquiera fútiles naderías.

Y ¡oh indecible miseria! quiere mi corazón ser

amado como Dios: quiere ser centro y fin de los afectos humanos, como si la nada pudiese dar el ser y la vida, como si cuadrarse al servidor usurpar la gloria del amo.

Cobarde, flaca, inconstante en el bien es mi voluntad; terca en sus propios deseos, muy generosa para el mundo, muy dada á lo que le agrada. — Sólo en las cosas de Dios y de su santo servicio hay que llevarme á remolque, y aun así regateo, retardo y descantillo mis deberes para con Dios.

Mi cuerpo propende á lo sensual; mis sentidos no están aún sumisos á la ley de Dios, á su gracia. ¡Oh quién me libertará de este cuerpo de muerte! — La gracia, el amor de Jesucristo. — Llevo ¡ay! en mí, mi propio enemigo.

II. No solamente me inclina al mal mi naturaleza, sino que he cometido muchos pecados; he aumentado esta inclinación al mal. — El hábito del pecado, el vicio, el orgullo y el amor propio, han dominado mi espíritu: los afectos desordenados han ocupado mi corazón. Mi voluntad ha respondido con una negativa á los mandatos de la ley y á las mociones de la gracia de Dios. No me atrevo á contar y escudriñar mis pecados de los sentidos. — Corrompió Adán mi naturaleza por un pecado, y yo la he viciado con mil culpas; de suerte que debo ser á los ojos de Dios como un cadáver cubierto de feas y vergonzosas cicatrices.

¡Cuán necesarias me son la gracia y la humildad de Jesús para curar las llagas de mi orgullo, su amor para contrarrestar el amor impuro, su fortaleza para robustecer mi voluntad, su modestia y su mortificación para sanear mi cuerpo y devolverle el honor y la fuerza de la virtud!

Necesito que su sangre venga á ennoblecer la mía para purificarla y dignificarla; necesito su cuerpo, que haga resucitar el mío; su alma, que vivifique mi alma: necesito de todo Él para que influya una nueva creación en mí.

He ahí también el fin de la Redención: para curarme, para ensalzarme á la unión con Dios, se hizo Salvador mío nuestro benignísimo Jesús. — ¡Oh feliz culpa de Adán, pero desdichados pecados personales que me han alejado de Jesús!

SEGUNDA MEDITACIÓN

Bondad de la paciencia de Dios.

¡Cuán bueno ha sido conmigo el Señor!

I. Me ha esperado á penitencia, cuando yo no le servía ni le amaba; cuando yo le ofendía, y estaba cubierto de pecados que provocaban los rigores de su justicia.

¡Ay! Hubo alguna hora de mi vida en que ¡oh desgracia! me hallaba en estado de pecado mortal, es decir, enemigo de Dios, pendiente sobre los abismos del infierno.

Y si la muerte me hubiera sorprendido en aquel estado de condenación, estaría yo mucho tiempo ha en los infiernos con los demonios y los réprobos; y eso para siempre.

Para lo cual hubiera bastado que Dios retirase la mano que me sostenía, que dejase al pecado mortal seguir su curso en mí; y entonces tiempo ha que la justicia divina hubiera caído sobre tan gran culpable.

En el mundo sigue á la culpa el castigo, y aun el

mismo amor paternal se atiene á esa regla; pero felizmente Dios no lo ha guardado conmigo.

Ha hecho como un padre que cierra los ojos y se hace el desentendido, y sólo ha querido ver en mí una pobre criatura suya á quien ama.

¡Y por cuánto tiempo, días, meses, años, ha venido Dios esperándome á penitencia! Y durante todo ese tiempo ha continuado concediéndome alimento, protección, favoreciéndome con sus gracias, conservándome hasta el honor, la fe, la esperanza, todo cuanto podría llamarme al arrepentimiento y traerme otra vez á los pies de este divino Padre.

¡Cuán bueno ha sido, pues, para mí Dios! ¿Y cómo podré agradecer nunca bastante tanta bondad?

II. Dios ha procurado con admirable paciencia mi conversión.

¡Ay! ¿Cómo ha sufrido con tanta mansedumbre mis desvíos, mis dilaciones en rendirme al llamamiento de la gracia? Á cualquier padre, á cualquiera madre hubiera llegado á cansarles semejante comportamiento. Pero Dios me ha esperado con no menos paciencia que bondad.

Atrájome nuevamente á sí, mostrándome la vanidad de las criaturas y haciéndome experimentar que sólo Él es bueno y siempre bueno.

Me ha hecho sentir cuán caducos y hueros son los bienes y placeres de este mundo, ya con la consideración del inefable bien, que es Él mismo, ya con los disgustos y penas de que rodeaba aquellos bienes contrahechos, aquellos falsos placeres. Todo lo ha agitado en torno mío, para abrirme los ojos á su verdad, todo lo ha conmovido; quería que yo fuese total y únicamente suyo.

Además de esto, ¿quién podrá debidamente apre-

ciar todas aquellas gracias interiores con que iba Él apartándose insensiblemente del mundo y de mí mismo, y atrayéndome suave y fuertemente á su amor? ¡Cuántas inspiraciones así venían á conmovir mi alma! ¡Cuántos sentimientos de confianza y de temor me apremiaban para que me rindiese á discreción! ¡El cielo y la tierra, Belén y el Calvario, Nazaret y el Cenáculo!

¿Cómo pude ¡oh Dios mío! resistir tanto tiempo y no darme enteramente á Vos? ¿Perdería yo nada en perderlo todo por Vos? ¿Hubiera podido parecer precioso ni grande lo que hubiese dejado por vuestro amor?

¿Por qué ¡oh Dios mío! por qué tan poco y tan tarde os he amado?

TERCERA MEDITACIÓN

Misericordia de Dios.

Me ha perdonado Dios, y tan amorosamente me ha perdonado, que debiera yo deshacerme siempre en lágrimas de agradecimiento.

I. Me ha perdonado en seguida é incondicionalmente, desde el punto en que me vió contrito á sus pies.

Apenas si, como al hijo pródigo, me ha dejado la confusión de decirle mis culpas: que tenía este buen Padre más gozo en perdonarme que detenimiento para dejarme insistir en la súplica del perdón.

Hizo conmigo como con la Magdalena, que al punto que se arrojó á sus pies la perdonó y la acogió en su protección.

¡Oh cuán bueno, cuán bueno ha sido Dios para

conmigo!—No me ha hecho aguardar el perdón, por más que yo hubiese hecho aguardar tanto á su bondad para convertirme á Él. Ni puso condiciones á la gracia otorgada, sino que le ame y no vuelva á pecar: que así hizo con San Pedro.

Enorme, sin embargo, era mi deuda para con la divina justicia. ¡Cuán honda herida había abierto en su corazón mi ingratitud!

¡Ah sí! Aunque tan generosa y divinamente me ha perdonado Dios, no debo yo perdonarme á mí mismo el haber ofendido á mi Padre tan bueno, y quiero, como otro Pedro, verter llanto de amor por el pesar de haber dado causa á que mi buen Jesús llorase por mí lágrimas de dolor y tristeza.

II. Tan bondadosamente me ha perdonado Dios y me ha tratado tan honoríficamente...

¿Pudo Dios, en su inmensa bondad, olvidar hasta tal punto mis culpas y mis ingratitudes que me haya tratado y me trate ahora como si no le hubiese nunca ofendido, como á las almas puras que han conservado la blanca túnica de la inocencia; como á las esposas de su corazón que han vivido sólo para seguir sus inspiraciones y para esmerarse en la guarda de su santa ley?

Jesús me levanta á relacionarme con los que forman su corte; me asocia al apostolado de su iglesia, al celo de sus amigos, á las virtudes de sus vírgenes, al amor de sus Santos, á mí, indigno de ser el servidor de los últimos entre sus servidores, y que podría darme por grandemente feliz con ocupar el lugar del publicano á lo último del templo, ó con alimentarme, según decía la Samaritana, con las migajas que caen de la mesa del amo.

Y con todo, no obstante mi presente indignidad y

á pesar de mis pasadas culpas, tengo la dicha de ser admitido á la gracia de la devoción, á la oración, manjar de las almas favorecidas, á la vida tranquila y solitaria de Nazaret, y sobre todo á la frecuente Comunión; es decir, á lo que hay de bueno, grande santo y divino en la tierra.

¿Cómo así? Diríase, Dios mío, que me tomáis por otro y que olvidáis quién he sido y quién soy yo todavía.

Lo veo, sí: que queréis triunfar de mi corazón á fuerza de amor, que la debida donación de mi vida queréis procurarla á fuerza de beneficios.

Vergüenza debiera tener de mí mismo al ver que tan miserable soy, que ni acierto á sentir la grandeza de vuestros beneficios, la inefable excelencia de vuestro amor.

Coronad ¡oh Dios mío! vuestros favores y perdonadme que os haya amado tan poco; dejadme llorar mi ingratitud para con Vos.

Moriría yo de vergüenza si con padre, madre ó amigo me hubiera portado así. ¡Y que sólo con Vos habría de mostrarme ingrato, Jesús mío!

No, no: quiero seguir el ejemplo de la Magdalena; á vuestros pies, en el Calvario, en el desierto.—Decidme sólo que sabéis que os amo bien...